

Violetas estrujadas

(SOBRE PATER Y SU ESTILO)

POR JAMES GIBBONS HUNEKER

DIOS mío! olvidé las violetas—exclamó Walter Savage Landor después de lanzar al cocinero por la ventana. Eso pasó en Fiesole, cerca de Florencia, hace ya un siglo. El gran prosista tenía un temperamento más que excitable, según el testimonio de Charles Dickens (el novelista lo hizo figurar en «Bleak House» como Boythorn—«con genio y algo más»—como dice Havelock Ellis). Landor amaba mucho sus flores, y su cólera dió origen a la célebre frase. Hoy día pondríamos alegremente al cocinero en el trono, a tal grado de vileza ha llegado la cocina en el mundo. Pero Landor era un aristo, aparentando ser demócrata fiero y su gesto típico tuvo un interés caballeresco; puede decirse que era el privilegio de un señor, de alguien que se consideraba del todo fuera de la moda imperante.

Comprendo su grito desesperante cuando me pongo a pensar en Walter Pater. Un miembro de la deliciosa familia Hermione, inolvidablemente recordado como don Marquis, me preguntó una vez si en la prosa de Pater no observaba yo las violetas estrujadas. Tratándose de mi vida no puedo echar un puente sobre este abismo de lo heterogéneo. Algo de Whistler, se diría una indigestión de fresas y crema; ¡pero Pater y violetas desechas! Walter Pater no fué un «preciosista» insípido como sus imitadores. Lo cierto es que los que podrían ser sus discípulos han obscurecido la comprensión popular. No dejó escuela. Era el producto de muchas corrientes complicadas de pensamiento y de emoción, un hombre que satisfizo su sensibilidad hasta un grado tenue y que nunca tuvo como estimulante un elemento creador, ni siquiera una gran idea que dejara prole. Su originalidad fué el resultado de aumentos y rechazos, el tacto de omisión, para emplear su propia frase. Siendo todo «nuance» también posee como estilista un encanto palpable no compuesto de dulzura y de luz, como es el estilo del cardenal Newman, triunfante a pesar de todo. Mr. Greenslet lo ha bautizado con acierto «estilo africano», en contraposición a la profusión «asiática» de De Quincey. «Africano» o «alejandrino», es un estilo que raras veces resulta vigorosamente afirmativo. Ello explica en preciso relieve su música lírica y su escepticismo feliz. Pater es pintor en prosa, y, como

Flaubert, sus imágenes y sus ideas siempre se funden. Quizá para él el cambio en la música de un pueblo significaba el de sus instituciones. Todavía una errónea creencia popular acerca de los métodos de Flaubert y de Pater considera a estos escritores como trabajando pacientemente sus mosaicos verbales; pacientes fueron, en verdad, para pulir su prosa, pero no plasmaron una frase con matices deliciosos o pintarrajearon de púrpura sus párrafos. El pensamiento estaba acompañado por la propia orquestación verbal. Pasa lo mismo con los procesos creadores de Wagner.

Pater no fué todo música, languidez y éxtasis. Hay que meditar esta frase suya sobre el estilo: «Desde que todo progreso intelectual consiste en su mayor parte en la diferenciación, en la resolución de un objeto oscuro y complejo en sus aspectos componentes, es indudable que el más estúpido de los desatinos consiste en confundir las cosas que la razón rígida ha puesto por separado, derrochar la sentencia de distinciones logradas, la distinción entre la poesía y la prosa, por ejemplo; o, para hablar con más exactitud, entre las leyes de excelencias características del verso y la prosa de composición». Pater escribe a menudo prosa árida y complicada; cuando tenía que tratar una idea abstracta bien podía escribir casi sin color como Herbert Spencer, aunque nunca sin perder el compás de la marcha rítmica». Necesitaba una personalidad para hacer rumorear en él la más cálida música de la simpatía humana. Es más simple al definir el estilo en su ensayo sobre Pascal: «La esencia del buen estilo, cualesquiera que sean sus accidentes, es la expresión». Y la expresión su encanto característico.

Errata

En la entrega anterior, el verso once, columna primera de la página 245, debe leerse así:

que el Pensamiento *gute* mi canto;

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA

En cierta ocasión Matthew Arnold aconsejaba a Frederick Harrison «huir de lo Carlylesiano como del diablo», y, a no dudarlo, hubiera dado el mismo consejo con respecto a lo Pateresiano. Ciertamente Pater es peligroso para los estudiosos. Este tópico del estilo, tan admirablemente vivificado en la monografía de Sir Walter Raleigh,—lo mejor que se conoce al respecto; porque el ensayo de Robert Louis Stevenson sobre los elementos técnicos del estilo es muy técnico, por muy valioso que sea,—ha sido muy gastado desde Aristóteles hasta Renton y su Lógica del Estilo. Pater producía lentamente,—escribió cinco libros en veinte años, con un promedio de uno o dos ensayos por año,—comparándose así a Flaubert por la atormentada producción. La principal acusación que se hace al método de su trabajo y su estilo consecuente es la falta de espontaneidad; no es un estilo natural. Pero un «estilo natural» así llamado, no se ofrece en plena florecencia más que una media docena de casos en un siglo, quizá exagerando la cifra. El francés no escribe sino prosa intachable. Para hallar un rival de Flaubert, de Renán o de Anatole France, hay que acudir a Ruskin, Newman y Pater. Cuando decimos «escribamos inglés simple, preciso», estamos poniendo al frente un modelo que ha sido imitado sólo por Thackeray, Newman, Arnold, ¿y cuántos pocos más? Son tantas víctimas de la fórmula del «inglés natural» como las de la fórmula del «artificial» de Pater y de Stevenson. El primero de estos escribe desaliñada, blandamente, sin color, sin distinción, un inglés comercial, magro, y pasa desapercibido en el vasto vórtice de la mediocridad universal, donde el «lugar común» es el señor del párrafo. Los otros, víctimas de un desorientado ideal del artificioso «escribir bien», son más fácilmente descubiertos y denunciados por los puristas, los pedantes y otros pedagogos insoportables.

Ahora bien, hablando con justeza, nada hay como un estilo «natural». Newman tuvo días de ajeteo, aunque siempre escribió con la más alta idea y pensando lo menos posible en el estilo. Un maestro, Renán, no gustaba enseñar «estilo» *per se*, como si pudiera transmitirse el secreto, a pesar de que pulsa sus escritos. Esto nos trae a la mente el caso de Flaubert. Tratándose de Pater no se llegaría a la conclusión, porque producía lentamente, de que era todo de una artificialidad compacta. Para él la prosa era una de las Bellas Artes. Usar una frase acuñada por otro era para él como ponerse un sombrero que no era el suyo. Bordaba sobre la tela de sus temas las frases graves y bellas que avivan nuestra